

FUNCIÓN DE LA COMIDA Y LA BEBIDA EN NERUDA Y ASTURIAS

Giuseppe Bellini*

El tema del papel desarrollado en la literatura hispanoamericana por la comida es ciertamente de gran interés y recorrerlo a través de toda la producción literaria, partiendo de las crónicas, tarea inmensa, ofrecería motivo para muchas consideraciones.

El contacto de los descubridores y los conquistadores europeos con el mundo americano, primeros migrantes, si queremos incluirlos en esta categoría, fue frecuentemente dramático por lo que se refiere sobre todo a la comida. Los cronistas de Indias nos informan abundantemente sobre ello, en particular por lo que se refiere al sur de América, donde el hambre fue corriente, y acuciante entre los primeros descubridores y conquistadores.

Es significativo lo que escribe Francisco de Jerez, a propósito de las primeras empresas de Pizarro al descubrimiento del reino de los Incas, entre los años 1524 y 1526, cuando llegaron a comer hasta «cuero de vaca curtido que llevaban para zurriones de la bomba, y cocido, lo repartieron» (Jerez 63). No menos impresionante es la relación de Pedro Cieza de León acerca de algunos soldados de Juan de Vadillo que, movidos por el hambre a 'robar lo que pudiesen', acaban por comer de una olla en la que los indígenas cocían carne, que luego se dieron cuenta era carne humana, de lo que tuvieron asco, «mas a la fin se pasó, y volvieron hartos al real, de donde primero habían salido muertos de hambre» (Cieza 116).

Más suerte tuvieron Diego Almagro y su gente, según refiere Agustín de Zárate, cuando regresaron precipitadamente al Cuzco de su expedición a Chile, pues encontraron los caballos que a la ida habían quedado atrás, con sus dueños, congelados, y comieron de la carne de los animales (587). El mismo Valdivia denuncia la carencia de comida de los dos primeros años de su estancia en Chile (43). Por otra parte Ercilla, en la *Araucana*, refiere del hambre terri-

* Università di Milano.

ble que sus soldados sufrieron durante la expedición al extremo sur del mismo país (II: c. XXXV).

En el norte del continente el impacto de los conquistadores tuvo mejor suerte. Cortés encontró en México un imperio bien organizado, hasta con sus mercados, que le llamaron la atención (“Segunda carta”), pero así no fue por Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, en su aventura americana a la Florida y las tierras bañadas por el Misisipi, como denuncia en sus *Naufragios*, ni tiempo después les fue mejor a los que participaron en la expedición de Juan de Oñate, como refiere uno de los protagonistas, Gaspar Pérez de Villagrà, en su *Historia de Nuevo México*.

La comida abundante conlleva la alabanza a la fertilidad de la tierra. Empieza en México, a raíz de su estancia, el franciscano Toribio de Benavente, ‘Motolinía’ (“Tratado III”). Al otro lado del continente Cieza de León ensalzará la productividad de la tierra peruana, poniendo en guardia también acerca de la fácil riqueza, peligro para la salvación del alma, no solamente, sino de la economía de España (284-285). En Chile será, a pesar de todo, el desafortunado Valdivia quien celebre la excelencia de esa tierra, invitando a sus compatriotas a establecerse de manera estable en ella, puesto que en su opinión no hay tierra mejor (43).

La épica americana, sucesiva a *La Araucana* de Ercilla, al contrario de la crónica, está llena, diría por contraste, de imprevista abundancia de comida: mesas extraordinariamente ricas en manjares, magníficos banquetes al aire libre, ricos en viandas de toda especie, como los de las escenas campestres propias de la sociedad renacentista, inmortaladas por la pintura italiana. Valga el que en la *Elegía XIV*, canto I, de las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, describe Juan de Castellanos; o Juan de Miramontes y Zuázola, en el Canto IV de sus *Armas Antárticas*, donde celebra la fertilidad de la tierra, que, «sin necesidad de cultivalla», «da cazas y de frutas bastimento» (75): dentro de un paisaje maravilloso tiene lugar un extraordinario banquete, donde los manjares son productos del monte y del valle peruanos. De la misma manera, en el norte del continente, se había hecho intérprete de esta deseada abundancia, en medio de la guerra del hambre, Gaspar Pérez de Villagrà, en el Canto XIV de su *Historia de Nuevo México*.

Existen, pues, en la literatura hispanoamericana, una serie de antecedentes que explican como la comida llega a ser medio para expresar la decepción o el contento, la miseria por su falta o escasez, o bien la riqueza, por su abundancia.

Esto dicho, mi atención se dirige ahora especialmente a dos grandes escritores del siglo XX: el chileno Pablo Neruda y el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, a su manera ellos también migrantes, por razones políticas, pero desde América a otros continentes, que añoran los productos de su tierra o bien celebran la novedad encontrada en el extranjero, pero empleando en muchas ocasiones la comida

y la bebida también como arma de denuncia política y humana. Distinto y vario es, pues, el significado de la comida, y la bebida, en dichos escritores. En el caso de Neruda, significa ante todo evocación de la dura experiencia de su juventud, la del estudiante pobre en la capital, Santiago. A distancia de años todavía el poeta sentirá viva la herida del hambre que sufrió en la pensión de la calle Maruri. En el primer libro del *Memorial de Isla Negra*, que publica en 1964, en el poema “La pensión de la calle Maruri” evoca su situación de prisionero del hambre cuando, por único sustento en la noche, cena una miserable sopa de fideos:

Soy prisionero con la puerta abierta,
con el mundo abierto,
soy estudiante triste perdido en el crepúsculo,
y subo hacia la sopa de fideos
y bajo hasta la cama y hasta el día siguiente (1050).

Como es evidente, la comida aquí asume un significado completamente negativo, indica pobreza, hambre, monotonía de una repetición ritual pobre, conclusión de un día negro destinado a repetirse con monotonía, pasaje obligado hacia el siguiente, falta también de mejores perspectivas.

Ya en *Crepusculario*, de 1923 (en edición definitiva 1932), Neruda dedicaba una larga serie de poemas a *Los crepúsculos de Maruri*, declarando su desolación frente a la maravilla del ocaso: «Mi alma es un carrousel vacío en el crepúsculo» (62), confesaba en el poema “Mi alma”, y en el que comienza con los versos «Aquí estoy con mi pobre cuerpo frente al crepúsculo» declaraba su desazón material y, por contraste, su embelesamiento ante el resplandor de la puesta del sol, que diariamente contemplaba desde el balcón de su pobre pensión:

Yo no sé por qué estoy aquí, ni cuando vine
ni por qué la luz roja del sol lo llena todo:
me basta con sentir frente a mi cuerpo triste
la inmensidad de un cielo de luz teñido de oro,

la inmensa rojedad de un sol que ya no existe,
el inmenso cadáver de una tierra ya muerta,
y frente a las astrales luminarias que tiñen el cielo,
la inmensidad de mi alma bajo la tarde inmensa (62).

Años después expresará el poeta su sorpresa frente al hecho de que nadie adivinó nunca qué significaban los crepúsculos de Maruri, y lo revelará en sus memorias, *Confieso que he vivido*, denunciando la tiránica condición del hambre en la pensión de la calle Maruri 513, situación destinada a continuar en la

sucesiva pensión, a pesar de la ayuda de algunas piadosas señoras, que de vez en cuando le proporcionaban «alguna papa o cebolla misericordiosas» (44-45).

Durante la experiencia en Asia, Neruda debía constatar la miserable condición del hombre, dominado por ese «día de los desventurados, el día pálido» asomándose «con un desgarrador olor frío, con sus fuerzas en gris», que gotaban el alba «por todas partes», «naufragio en el vacío, con un alrededor de llanto» “Débil del alba”: (172), convencido ya de la condición desamparada del hombre, asediado por la muerte (“Sólo la muerte”), y que años después, en “Religión en el Este”, del *Memorial de Isla Negra*, consideraría totalmente abandonado por los dioses y el Dios cristiano.

Debido a todas estas experiencias negativas, acaso, se deba la abundancia celebrativa, años después, de elementos propios de la comida en la sucesiva poesía nerudiana, sobre todo en los libros de las *Odas*. Es el desahogo de quien ve en los productos de la tierra, y el mar, una suerte de paraíso terrenal destinado a derrotar el hambre de la pobre gente. Por eso no son productos elaborados los que canta Neruda, sino sencillos, al alcance de todos, desde el apio y el vino – a los que en “Apogeo del apio” y “Estatuto del vino” de la segunda *Residencia en la tierra* dedicaba ya sus versos –, hasta la castaña, «como un violín que acaba de nacer en la altura» (“Oda a una castaña en el suelo”. *Odas elementales*: 37-39), la papa americana, «tesoro interminable / de los pueblos» (“Oda a la papa”. *Nuevas odas elementales*: 305-308), la sandía «fruta del árbol de la sed», «ballena verde del verano», en cuya abundancia «se deshacen rubíes», «corazón de brasa roja» que se convierte «en el agua / de una gota» (“Oda a la sandía”. *Navegaciones y regresos*: 787-789), y la cebolla, oda ya célebre ésta, donde el producto vulgar se transforma en transparencia, cebolla definida «luminosa redoma», «clara como un planeta», destinada a satisfacer el hambre de la pobre gente, única que hace llorar sin dolor y por eso digna de ser celebrada por el poeta:

Yo cuanto existe celebré, cebolla,
pero para mí eres
más hermosa que un ave
de plumas cegadoras,
eres para mis ojos
globo celeste, copa de platino,
baile inmóvil
de anémona nevada

y vive la fragancia de la tierra
en tu naturaleza cristalina (*Odas elementales*: 39-41).

No solamente Neruda celebra los productos de la tierra, sino los del mar, el atún expuesto en el mercado, guisados como el caldillo de congrio, etc. Pro-

ductos de *su* tierra y de *su* añorado océano. Todo confluye en la aspiración del poeta a que desaparezca definitivamente del mundo el hambre y tenga lugar ese banquete preconizado en “El gran mantel”, de *Estravagario*, consciente de lo que significa la falta de alimentos por experiencia propia ya antigua:

Tener hambre es como tenazas,
es como muerden los cangrejos,
quema, quema y no tiene fuego:
el hambre es un incendio frío (613).

Por consiguiente, la utopía de un banquete universal de los pueblos:

Sentémonos pronto a comer
con todos los que no han comido,
pongamos los largos manteles,
la sal en los lagos del mundo,
panaderías planetarias,
mesas con fresas en la nieve,
y un plato como la luna
en donde todos almorcemos.

Por ahora no pido más
que la justicia del almuerzo (613-614).

Cuando en 1969 Neruda, junto con Asturias, compone el libro *Comiendo en Hungría*, escrito alternándose los dos ‘chompipes’, como recíprocamente, en broma, se llamaban, la atmósfera es completamente distinta: de juego, alegría y celebración, correspondiendo al magnífico trato que a los dos personajes les habían reservado las autoridades comunistas y los compañeros del partido. Parece como si en la tierra húngara se hubiera alcanzado la plenitud universal de la comida y la bebida, visión paradisíaca del mundo socialista. Escribe eufórico Neruda introduciendo el libro: «Está de moda comer!».

Con piedra y palo, cuchillo y cimitarra, con fuego y tambor avanzan los pueblos a la mesa. Los grandes continentes desnutridos estallan en mil banderas, en mil independencias. Y todo va a la mesa: el guerrero y la guerrera. Sobre la mesa del mundo, con todo el mundo a la mesa, volarán las palomas.
Busquemos en el mundo la mesa feliz.
Busquemos la mesa donde aprenda a comer el mundo. Donde aprenda a comer, a beber, a cantar!
La mesa feliz (263)¹.

¹ Para mayor claridad cito la colaboración de Neruda a *Comiendo en Hungría* por el texto incluido en *Obras Completas*, III, del poeta chileno.

Transparente es, en este pasaje, la conexión con “El gran mantel” de *Estravagario*. En Hungría parece haberse realizado, para Neruda, ese banquete universal de los pueblos que él había soñado, pero no hay que olvidar que los dos personajes eran invitados oficiales de gran categoría, ambos premios Nobel² y relevantes expresiones del compromiso político, por eso espléndidamente tratados. Las mesas a las que se sentaban no eran las de la gente común, por más que lo afirmen.

Para explicar su entusiasmo por las comidas y los vinos húngaros Neruda, admitido que él y Asturias eran unos golosos venidos de tierras de hambre ancestral, hambre maya y hambre araucana, con humor declara que estas hambres «nos dotaron de una curiosidad infinita por cuanto se come. Estas hambres reunidas nos dieron un apetito devorador» (*Comiendo en...: 263*).

La atmósfera reflejada en los escritos de Neruda es de gran alegría. Hay copas levantadas celebrando el vino de las colinas de Buda, «Vino de siete venas amarillas, de siete ramas de ámbar, de siete azafranes pálidos y ardientes» (*Comiendo en...: 264*). Y celebración entusiasta de los manjares de pescado y de carne, un poema dedicado al ‘*Foi gras*’, por la forma «un continente diminuto», cuyo sabor

[...] toca el arpa
del paladar, extiende
su sonido en los tímpanos del gusto,
y desde la cabeza hasta los pies
nos recorre una ola de delicia (*Comiendo en...: 270*).

Y un poema a los vinos, menudamente mencionados, hasta un poema dedicado al *Tokay*, «fuego del ámbar, / luna de la miel», «vino claro, / don tranquilo / del tiempo perturbado», a quien invoca para que le dé una fundamental enseñanza:

ésta es mi copa, llénala
con tu fogosa fuerza
delicada,
enséñame a sacar de la aspereza
tu columna de oro y levantarla
intacta, contra el viento.
Hijo desnudo de la tierra deja
tu raíz en mi canto y en mi boca
tu experiencia celeste (*Comiendo en...: 274*).

² Asturias obtuvo el Nobel en 1967 y Neruda en 1971.

Sigue otro poema elogiando la «Sangre de Toro», de «cornada mortal» que «nos da la vida» (*Comiendo en...*: 280). La belleza del arte exalta el producto divino, y de la misma manera transforma en obra maestra la descripción de la sopa de pescado (279), “Las artes del repollo” (279)³, las legumbres inolvidables, igual que el ciervo a la cazadora, el «risotto» de ciervo, la pierna de liebre, la de jabalí a la «bourguignonne», o bien «en vino tinto con bayas de rosas», así como el *gulasb* de jabalí, el «medallón de liebre mechada con arroz», la costilla de ciervo a la Villafranca, y eso, como declara en “El almuerzo”, «Porque la carne de cacería nos retroviaja a la esencial primavera, y recobramos en la mesa sabores ancestrales que ya eran secreto y moratoria» (278). El poema parece, a pesar de su originalidad, muy del tipo de las descripciones alimenticias propias de la épica americana. Competencia extraordinaria, la de Neruda, que califica al poeta entre los más entendidos artistas de la comida y la bebida.

Por su parte Miguel Ángel Asturias llena, en la misma experiencia y el mismo libro, con honor su papel de experto en la materia, aunque sus intervenciones son menos que las de Neruda: 12 frente a 19. Lo cual indica que el que lleva la cantata es el poeta chileno, a quien se debe, como dicho, el prólogo, mientras, en un juego compartido, Asturias escribe el epílogo.

Lo que sí es posible notar, es una menor competencia del escritor guatemalteco en cuanto a comidas, diría un entusiasmo mesurado, debido a su escasa frecuencia en banquetes opíparos, al contrario de su amigo chileno, más famoso y venerado, también porque más oficialmente comprometido políticamente. Asturias fue siempre un moderado, y es probable que, por su dura oposición a la dictadura en su país, no lo entusiasmara demasiado el régimen que dominaba entonces el Este europeo.

La participación del escritor guatemalteco en el libro “Al limón” no deja de celebrar, sin embargo, restaurantes y comidas, el *gulasb* y los vinos de Hungría, pero en el ámbito de las celebraciones la palma se la lleva la “Rehabilitación de la sopa”, siempre «expulsada de los cuentos infantiles», que en las páginas que le dedica Asturias alcanza, diría, categorías divinas, como la *soupe à l'oignon*, de París, el *gulasb*:

En el orden jerárquico de lo divino, estas dos sopas pertenecen a las Dominaciones. Reinan. Imperan. Aquella con su cetro de pan tostado y su manto de armiño convertido en hilos de queso, que más que hilos son cuerdas de instrumento que no se toca, sino se traga. Y ésta del *gulasb*, o sopa de *gulasb*, teñida de rojo, violenta, goyesca, picante, casi incendiaria (*Comiendo en*: 26).

³ “Sopa de pescado” y “Las artes del repollo”.

Sigue una descripción detallada de sopas diversas, que revelan los motivos profundos del apego asturiano al mundo de sus orígenes, siempre presente en él, a pesar de la distancia geográfica:

Del terciario al cuaternario nos quedan las sopas de cangrejo, casi ígneas. Las sopas de tortuga. El mar profundo convertido en sopa. Y las crestas. Las crestas de los gallos nadando en las nuevas combinaciones afrodisíacas. Todos los caldillos y sopas del terciario y el cuaternario son afrodisíacos. Engullimento y ebullición interna. La sopa en el cuerpo en lugar de aquello del diablo en el cuerpo⁴. La 'sopa de pollo a la *Ujbázi*'. Hube de venir a Hungría para saber bien lo que era y degustarla como es (*Comiendo en*: 26-27).

Con su acostumbrado humor Asturias declara: «Hungría se me va haciendo el país de los potages. ¡Temblad cartílagos! ¡Temblad meningeas! ¡Manes de colessterina!...» (*Comiendo en*: 27). La lista de la variedad de sopas continúa, porque «En esta cocina en que todo es invención e imaginación, el número de sopas es inacabable, y todas van teñidas con ese rosado encendido que pregunta el delicioso sabor de la *paprika*» (31).

Más que la comida, sin embargo, se diría que ejercen sugestión en Asturias los restaurantes, en particular un Hotel de la *Belle époque*. Páginas extraordinarias dedica el escritor guatemalteco a «uno de los más bellos, conocidos y tradicionales restaurantes de Budapest», el *Hungaria*, resucitando, como gran artista que es, el clima prestigioso de una época que mantiene su atractivo a través del tiempo: mundo dominado por mujeres encantadoras, como la bella Otero, artistas como Maurice Chevalier, Maurice Ravel, Thomas Mann, bailarinas como Josefina Baker, cantantes como Beniamino Gigli...; evocaciones y pensamientos «nacidos de la magnífica mesa y los espléndidos vinos húngaros» (*Comiendo en Hungría*: 62). Un momento excepcional, el de la experiencia de Asturias en Hungría, en compañía de su amigo Neruda. El epílogo escrito por Miguel Ángel es 'glorioso', propio, diría, de quien está acostumbrado si no al hambre, a la escasez, y de repente se encuentra frente a la abundancia, rodeado de amigos, él desterrado y solo, ahora sentado ante una mesa extraordinaria:

Vamos de camino y comemos donde la mesa es buena y hay amigos. Esto nos ocurrió en Hungría. Buena mesa y muchísimos amigos. Si se trata de llenar el estómago, comer es vulgar, y si es por alimentarse, comer es instintivo. Por eso en la mesa que tuvo para nosotros Hungría fue campo de fiesta y los que nos acompañaron, celebrantes de un ritual tan antiguo como el hombre mismo y tan actual como la vida cuando se mantienen las formas del convivio, el gusto por la compañía, las vian-

⁴ Alude a *Le diable au corps*, de Raymond Radiguet.

das, los vinos, la charla, el humo del tabaco y aquella inconfesable sensación de sobremesa, cuando nos embarga la emoción de estar compenetrados de sustancias que fueron combinadas para nuestro deleite en proporciones de arte y sabiduría. Nos frotamos las manos y seguimos saboreando, imaginativamente, lo que se creó para nosotros. Y el regusto también nos causa placer, paladeo mental que inspira este epílogo. Memorar con las papilas, el olfato, la lengua, la gama inacabable de platos, manjares y vinos húngaros saboreados.

Después de leída una antología poética, cerrado el libro, todavía uno de nuestros dedos preso, mordido entre sus páginas, se echa a vuelo el pensamiento sobre tal o cual poema. No otra cosa nos ocurre ahora que escribimos este epílogo (*Comiendo en*: 106).

Pero en la obra narrativa asturiana la comida desarrolla muy distinto papel: el de una crítica durísima contra el poder, a partir de su primera novela, *El Señor Presidente*. En efecto, la presentación del mandatario no podía ser más negativa: el hombre cruel hace castigar con doscientos azotazos a su viejo secretario por haber derramado involuntariamente tinta sobre sus papeles y a la noticia de que «ese animal» no los ha aguantado, ha muerto, queda indiferente y continúa comiendo una escuálida «papa frita» (36).

La comida, pues, es empleada aquí por Asturias como condena y destrucción del personaje; pero, ¿qué tipo es el presidente? La descripción del poderoso la realiza el escritor acudiendo a dos únicos colores, el negro y el gris:

El Presidente vestía como siempe de luto riguroso: negros los zapatos, negro el traje, negra la corbata, negro el sombrero que nunca se quitaba; en los bigotes canos, peinados sobre la comisura de los labios, disimulaba las encías sin dientes, tenía los carrillos pellejados y los párpados como pellizcados (37).

¿Cómo podía individuo parecido gustar de la buena mesa? Por otra parte, tampoco gustaba de las buenas bebidas. Cuando, en el banquete de aparente reconciliación con su ex favorito, Cara de Ángel, hace uso abundante de bebida, lo hace sin mesura y lo que ha bebido lo destruye, le quita dignidad, dominio de sí y es como si el líquido se negara a permanecer en el estómago de personaje tan negativo, no solamente, sino que se hace vehículo de destrucción para el favorito mismo y el país que el dictador domina. Borracho,

Las palabras tonteaban en sus labios como vehículos en piso resbaloso. Se recostó en el hombro del favorito con la mano apretada en el estómago, las sienas tumultuosas, los ojos sucios, el aliento frío, y no tardó en soltar un chorro de caldo anaranjado. El Subsecretario vino corriendo con una palangana, que en el fondo tenía esmaltado el escudo de la República, y entre ambos, concluída la ducha que el favorito recibió casi por entero, le llevaron arrastrando a una cama (209).

Tampoco el terrible Auditor de guerra, que da tormento a los pordioseros del portal de la iglesia para que culpen del asesinato del coronel Parrales Sonriente a un personaje odiado por el Presidente, goza de la comida. Asturias lo presenta negativamente goloso, terminando de comer su chocolate de arroz «con una doble empinada de pocillo, para beberse hasta el asiento», y luego limpiándose el bigote «color de ala de mosca con la manga de la camisa», al final golosa y suciamente metiendo «las manos en el traste para ver si se lo había bebido todo» (121).

Una escuálida estatura la del terrible Auditor, cuyo carricoche, tirado por dos caballos flacos, «llevaba en los faroles los ojos de la muerte» (11). Personaje en sí terrible, destruido por la gula, por una comida que parece condenada, a pesar suyo, a satisfacerlo, hombre que Asturias representa, inexorable, como un «árbol de papel sellado, cuyas raíces nutriánse en todas las clases sociales, hasta en las más humildes y miserables» (122). Un parásito asqueroso y cruel, del que la misma comida parecía rehuir.

Y ciertamente se niega a permanecer en el estómago de un personaje, más animal que humano – «cara de momia de labios descoloridos, nariz rabona, altos pómulos, grandes orejas y colmillos orificados» (341) –, el polizonte que, en *Los ojos de los enterrados*, acompaña a la frontera mexicana al revolucionario padre Ferrusigfrido Fejú, expulsado del país. Gran comilón, el policía «Parpaditos» se había dado una gran panzada de comida y frutos de la tierra y de repente, durante el viaje en tren, siente un intenso malestar y todo lo devuelve.

Asturias describe morosamente la succulenta materia expulsada, subrayando de esta manera la rebelión de la naturaleza contra una humanidad indigna. El polizonte corre al inodoro y «apoyándose de frente en el brazo doblado a la altura de la cabeza, deflecó por narices y boca, interminablemente, el para él antes succulento almuerzo de caldo de cangrejos, aguacates, carne, papas en colorado, frijoles, platanicos, mantecado y agua de coco...» (*Los ojos de los...*: 343).

Función de la comida es aquí la destrucción del personaje, destrucción rematada por la inadvertida defecación, una vez levantado el policía del inodoro: «Allí venía Parpaditos apeado de un caballo que le cabalgó en los intestinos y del que no traía sino el peso de algo así como el galápago pegado a las nalgas» (346).

Una comida rebelde, pues, y justiciera, a veces sin embargo arma para el poderoso para destruir a sus adversarios. Es el caso, en *Viernes de dolores*, del rico padre de Ana Julia, a la que destruye el novio obligándole a comerse un enorme racimo de plátanos. Nuevamente la comida como destrucción del personaje, pero utilizada aquí no como restauración de la justicia, sino, al contrario, como superchería, de parte de un individuo definido «hombre de horca y cuchillo» (158).

Papel relevante, destructivo y constructivo al mismo tiempo, tiene en la obra de Asturias la bebida, empezando por *Week-end en Guatemala*. En el episodio que da título al libro, Blanco es un sargento de las tropas norteamericanas presentes en Guatemala, a raíz del golpe que acabó con la presidencia Árbenz. El militar está en plena confusión, puesto que ni siquiera sabe cabalmente por qué se encuentra en el país centroamericano, y agarrado a la barra del bar intenta resolver sus dudas tomando abundante whisky. Asturias representa en el sargento al tipo de soldado norteamericano como se le suele identificar despectivamente: grandote, dotado de fuerza, ingenuo y hasta algo tonto, instrumento inconsciente de una política de dominio que no entiende.

Después de tanto whisky, el tipo acaba totalmente borracho. La bebida lo ha vencido, función en este caso patriótica para el novelista. La representación del personaje es totalmente negativa; Asturias destruye en él el prestigio del país al que pertenece:

Recogía del piso la parte de la persona que se llama pie, tan olvidada siempre, lo prendía con ayuda del tacón a uno de los travesaños del taburete que giraba con todo y su persona, como un satélite, frente al bar y echándose de espaldas sobre la barra del mostrador, horizonte infinito sobado y resobado por infinitas manos de borrachos, ensayaba fruncidos de risa en los labios y sus desiguales dientes amarillos, paseaba los ojos por los gznates de los bebedores, las ganas de ahorcarlos que tenía, y mientras el *barman* le servía whisky y cerveza en proporción aritmética, descargaba un manotazo sobre el testuz sin cuernos de su rodilla (*Week-end en Guatemala*: 11).

Todo lo contrario ocurre en el episodio del mismo libro, “Los agrarios”, uno de los más interesantes de *Week-end en Guatemala*. Aquí la bebida representa la positividad del personaje, don Tocho, un latifondista comprensivo, marginado por su familia porque peligrosamente democrático. En la representación del ambiente en que el personaje vive es fácil descubrir el antiguo entusiasmo de Asturias por lo que ya le sería pronto, como a Neruda, prohibido por razones de salud: las bebidas alcohólicas. También don Tocho ha dejado de beber, pero en su casa queda como un paraíso de botellas, que Asturias describe detalladamente, con competente entusiasmo:

Tocho, el menor de ‘Los Tártaros’, habitaba un caserón que era una selva de botellas vacías, botellas de todos colores, botellas de todos tamaños, tamaños y formas, con nombres de bebidas en idiomas conocidos y desconocidos, pues no faltaban las etiquetas de vinos húngaros, de licores árabes, turcos, escandinavos, de aguardiente de arroz, de ásperos y trementinosos vinos griegos, de vodkas rusos, puros y luciferinos, ‘acuavitas’ fermentadas con cabezas humanas que en los caldos se reían con dientes descarnados de calaveras borrachas... selva de botellas a las que se su-

maban garrafrones, barriles, tinacos, ollas de chicha, pues en interminables noches de fiestas se había apurado hasta la última gota de su contenido... selva de botellas de cerveza, alemana y del país, de rones, mezcales, ajensos, ginebras, espumantes dorados y espumantes rojos, y el arcoiris en digestivos de colores del verde de la menta al lila del 'perfecto amor'... selva de botellas en que el polvo se iba quedando ciego... (147).

Como si la bebida fuera el pasaje obligado hacia una solidaridad más humana: del alcohol a la comprensión por los humildes, bajando de las alturas del abolengo y la riqueza a la categoría de la pobre gente que en el alcohol anega sus desgracias. Sin embargo, en el pasaje citado el narrador no renuncia a la selección preciosa; la colección de botellas ya vacías son, para Asturias, una suerte de paraíso perdido, cuyo resplandor todavía persiste y le atrae.

La bebida llena también el papel de suprema ilusión. En *Hombres de maíz* lo representa el episodio del garrafón de aguardiente que dos compadres, decididos a venderlo en la feria, van poco a poco vaciándolo todo, un trago el uno, un trago al otro, previo pago correspondiente, que siempre es la misma moneda pasando del uno al otro (121-135).

También hay un espacio importante en la obra de Asturias, dedicado a la bebida consolatoria, y es en *Viernes de dolores*, en las fondas que se suceden al lado del cementerio, especialmente la de *Los Angelitos*, donde «se lloran los tiernos», sin lágrimas para no mojarles las alas con las que se suben al cielo (18). La bebida es una suerte de antídoto contra el terror a la muerte. Los que diariamente comercian con ella, «funérea aristocracia hedionda a caballeriza y el proletariado sepulcral con olor a tierra de huesos», cocheros de carros fúnebres y sepultureros, sin olvidar «curas de responso y hoyo, notarios de última voluntad, periodistas de necrologías» (44-45), entran en la cantina 'Las movidas de Cupido', para tomarse su trago consolatorio. Tampoco falta el que, movido por el alcohol da en sinvergüenza y se atreve, en la citada fonda, a un rápido manoseo bajo las faldas de la mesera, huyendo rápido antes de que le llegue el bofetón de la insidiada (18).

Comida y bebida son para Miguel Ángel Asturias elementos fundamentales en su examen del mundo, destrucción o exaltación de personajes y situaciones.

Otros poetas y narradores del siglo XX acuden a la comida y la bebida para caracterizar o condenar a sus personajes, entre ellos Alejo Carpentier y Gabriel García Márquez, pero ningún escritor hispanoamericano ha empleado estos elementos con tanta frecuencia, como Neruda y Asturias, para denunciar la desgracia o la felicidad del mundo del cual se han ocupado. Su personal experiencia, que se transforma en nostalgia y evocación en el destierro, donde migrantes, a menudo forzados, no dejan de apreciar, gustar y celebrar con alegría nuevas comidas y bebidas.

Bibliografía citada

- Asturias, Miguel Ángel. *El Señor Presidente*. Buenos Aires: Editorial Losada. 1948.
- . *Week-end en Guatemala*. Buenos Aires: Editorial Guyanarte. 1956.
- . *Los ojos de los enterrados*. Buenos Aires: Editorial Losada. 1961.
- . *Hombres de maíz*. Buenos Aires: Editorial Losada. 1966⁴.
- . *Viernes de dolores*. Buenos Aires: Editorial Losada. 1972.
- Asturias, Miguel Ángel y Neruda, Pablo. *Comiendo en Hungría*. Barcelona: Editorial Lumen. 1969.
- Benavente, Toribio de. “Tratado III”. *Historia de los indios de la Nueva España*. Ed. Giuseppe Bellini. Madrid: Alianza Editorial. 1988: 193-315.
- Castellanos, Juan de. *Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Ed. Buenaventura Carlos Aribau. Madrid: Atlas (B.A.E.). 1944.
- Cieza de León, Pedro. *La Crónica del Perú*. Ed. Manuel Ballesteros. Madrid: Historia 16. 1984.
- Cortés, Hernán. “Segunda carta”. *Cartas de relación*. Madrid: Historia 16. 1985: 77-182.
- Ercilla, Alonso de. *La Araucana*. I-II. Ed. Marcos A. Morinigo e Isaías Lerner. Madrid: Editorial Castalia. 1979.
- Jerez, Francisco de. *Verdadera relación de la conquista del Perú*. Ed. Concepción Bravo. Madrid: Historia 16. 1985.
- Miramontes y Zuázola, Juan de. *Armas Antárticas*. Ed. Ricardo Miró. Caracas: Biblioteca Ayacucho. 1978.
- Neruda, Pablo. “Apogeo del apio”. *Residencia en la tierra: 2. Obras Completas*. I. Buenos Aires: Editorial Losada. 1957: 230-232.
- . *Crepusculario*. Santiago de Chile: Nascimento. 1924 e 1932.
- . “Débil del alba”. *Residencia en la tierra: 1. Obras Completas*. I. Buenos Aires: Editorial Losada. 1957: 172-173.
- . “El almuerzo”. *Comiendo en Hungría. Obras Completas*. III. Buenos Aires: Editorial Losada. 1957: 264-281.
- . “El gran mantel”. *Estravagario. Obras Completas*. II. Buenos Aires: Editorial Losada. 1957: 612-614.
- . “Estatuto del vino”. *Residencia en la tierra: 2. Obras Completas*. I. Buenos Aires: Editorial Losada. 1957: 232-235.
- . “Las artes del repollo”. *Comiendo en Hungría. Obras Completas*. III. Buenos Aires: Editorial Losada. 1957: 279.
- . “Los crepúsculos de Maruri”. *Crepusculario. Obras Completas*. I. Buenos Aires: Editorial Losada. 1957: 56-65.
- . “Religión en el Este”. *Memorial de Isla Negra*. I-V. *Obras Completas*. II. Buenos Aires: Editorial Losada. 1957: 1075.
- . “Sólo la muerte”. *Residencia en la tierra: 2. Obras Completas*. I. Buenos Aires: Editorial Losada. 1957: 209-210.
- . “Oda a la cebolla”. *Odas elementales. Obras Completas*. II. Buenos Aires: Editorial Losada. 1957: 39-41.
- . “Oda a la papa”. *Nuevas odas elementales. Obras Completas*. I. Buenos Aires: Editorial Losada. 1957: 305-308.
- . “Oda a la sandía”. *Navegaciones y regresos. Obras Completas*. II. Buenos Aires: Editorial Losada. 1957: 787-789.
- . “Oda a una castaña en el suelo”. *Odas elementales. Obras Completas*. II. Buenos Aires: Editorial Losada. 1957: 37-39.
- . *Residencia en la tierra (1925-1931)*. Santiago de Chile: Nascimento. 1933.

- . *Residencia en la tierra (1925-1935)*. I-II. Madrid: Cruz y Raya. 1935.
- . *Odas elementales*. Buenos Aires: Editorial Losada. 1954.
- . *Nuevas odas elementales*. Buenos Aires: Editorial Losada. 1956.
- . *Comiendo en Hungría. Obras Completas*. III. Buenos Aires: Editorial Losada. 1957.
- . *Navegaciones y regresos*. Buenos Aires: Editorial Losada. 1959.
- . *Memorial de Isla Negra*. I-V. Buenos Aires: Editorial Losada. 1964.
- . *Confieso que he vivido*. Buenos Aires: Editorial Losada. 1974.
- . “Está de moda comer!”. Prólogo a Miguel Ángel Asturias y Pablo Neruda. *Comiendo en Hungría*. Barcelona: Editorial Lumen. 1968: 14-15.
- . “Sangre de Toro”. *Comiendo en Hungría. Obras Completas*. III. Buenos Aires: Editorial Losada. 1957: 280.
- Núñez Cabeza de Vaca, Álvar. *Naufragios*. Ed. Pier Luigi Crovetto. Milano: Cisalpino-Goliardica. 1984.
- Pérez de Villagrà, Gaspar. *Historia de Nuevo México*. Ed. Mercedes Junquera. Madrid: Historia 16. 1989.
- Valdivia, Pedro de. *Cartas de relación de la conquista de Chile*. Ed. Mario Ferreccio Podestá. Santiago de Chile: Editorial Universitaria. 1978.
- Zárate, Agustín de. *Historia del descubrimiento y conquista de las Provincias del Perú. Crónicas de la conquista del Perú*. Ed. Julio Le Reverend. México: Editorial Nueva España. s.a.